

Un mundo en cambio

Con estas líneas, amigas y amigos, al tiempo que os queremos compartir algunas de nuestras inquietudes, anhelamos vivamente poder intercambiar pareceres sobre las mismas. Deseamos sobre todo escucharos. Seguro que coincidimos en algunas convicciones, al igual que muy probablemente discrepemos en algunos puntos de vista. Sin embargo, en los tiempos que corren, nos asaltan mil interrogantes para los que, seguramente, carecemos de respuestas inmediatas. Abrirnos a un diálogo puede significar sin duda ponernos en el camino para poder llegar a encontrarlas. Un conocimiento cada vez más especializado y segmentado, al tiempo que parcializa eso que llamamos ‘verdad’, convierte el alcance de la misma en un proceso constante de aproximación dialogal y cooperativo.

Al inicio del presente curso, nos propusimos como tema a abordar y trabajar a lo largo del mismo la pregunta de ‘si vivimos una época de cambios o nos hallamos, más bien, en un cambio de época’. Puede que la formulación suene a tópico, pero recogía lo que algunas mentes no sólo pensaban, sino que se atrevían a afirmar con cierta rotundidad. Hemos de decir que, si la cosa nos ha parecido de interés, ha sido por nuestra inquebrantable voluntad de mantener los pies en el suelo, por la importancia determinante de la realidad y por fidelidad a nuestro deber primordial de ser honestos con ella. Compartimos probablemente estas razones, a las que como miembros de Solasbide, como cristianos, añadimos otras: como, por ejemplo, que es vano cualquier intento de encuentro con Dios fuera de la realidad y que es a través de la misma como El nos muestra su voluntad. Aunque hoy día ya sabemos que en nuestra apreciación de la realidad hay mucho de configuración subjetiva de la misma, también sabemos que ella y sus requerimientos deben primar sobre las ideologías.

Por la pura obviedad de los hechos hemos estado de acuerdo en que nos estaba tocando vivir una época de grandes, profundos, a veces sorprendentes y crecientemente acelerados cambios, inimaginables algunos de ellos hace tan sólo poco tiempo atrás. Estamos ante cambios de indudable alcance, que han revolucionado nuestra vida. Pensemos, a título de ejemplo, en los grandes avances en el universo del conocimiento en general y del denominado científico-técnico en particular, con su reconocido impacto e incidencia, y sus innumerables y significativas aplicaciones. Lo que no quiere decir que el devenir esté siendo tranquilo y que no tengamos que afrontar múltiples y gruesas polarizaciones y contradicciones.

Digamos, por mencionar sólo algunas, una mayor conciencia de igualdad y, sin embargo, escandalosas desigualdades; creciente percepción de interrelación, interdependencia, unidad e integración y cooperación por un lado, y no obstante, por otro, dolorosas exclusiones y marginaciones, búsquedas irrespetuosas e insolidarias de hegemonía, tendencias fragmentadoras y alocada competitividad. Todo un magma generador sin duda de posibilidades y grandes oportunidades, pero también de preocupantes confrontaciones y crisis de diversa índole. Quizás el drama esté en que hemos llegado a un punto en que el planeta y la vida que alberga están en nuestras manos; pero los hemos puesto en grave peligro y quizás estemos llegando tarde para salvarlos.

Asumida, pues, y analizada la constatación de transitar activamente una época de cambios, sin embargo, como grupo o colectivo no coincidimos en una apreciación compartida de que nos hallemos ante un cambio de época. De darse el mismo, ello implicaría cambios de envergadura en los paradigmas básicos o claves fundamentales de comprensión de la realidad y en el modo de situarnos, orientarnos y organizarnos en ella. Y no es que en dichos ámbitos no se hayan dado pasos importantes. Hemos de reconocer avances relevantes y significativos, muy importantes incluso. Hemos recordado ya algunos de ellos, como la toma de conciencia más acusada de que todo tiene que ver con todo y todos tenemos que ver con todos; de que de algún modo somos parte, en suma, de una unidad más amplia; de que, en consecuencia, somos corresponsables y cuidadores de todo y de todos. Igualmente hemos sido testigos de avances – y algo hemos mencionado también al respecto – en torno a lo que implican nuestra percepción de la realidad y la búsqueda del conocimiento. Hoy comprendemos mejor la complejidad de ambas actividades, sus limitaciones y parcialidades, sus segmentaciones y especializaciones, así como la imprescindible apertura - dialógica y cooperativa, señalábamos más arriba – a otros esfuerzos. Podemos evocar igualmente el enorme impacto que, sobre el terreno de la igualdad en la diversidad y la diferencia, ha tenido el feminismo, por ejemplo, por más que en la carrera por la igualdad nos quede un inmenso trecho por recorrer. Por expresarlo breve y gráficamente: quizás nunca antes habíamos sentido tan fuertemente la llamada a la unidad y cooperación de toda la familia humana, pero quizás también nunca antes los grandes generales del gran dios de nuestro tiempo, que es el dios-mercado, habían acumulado tanto poder para dividirnos y separarnos, y obligarnos a competir. Y es aquí precisamente donde nos parece experimentar la carencia de actores sociales, políticos y culturales alternativos, mínimamente sólidos, que estarían llamados a ser los artífices o ‘sujetos históricos’ de un cambio de época. Aunque, por mucho ‘post’ y mucho ‘neo’ que le echemos a la modernidad liberal capitalista, nos parece que seguimos inmersos en ella.

Con todo, creemos que el panorama descrito nos ha ayudado a converger en una apreciación bastante común y, a nuestro entender, de indudable alcance, la de vivir históricamente en ‘una amplia zona de transición’. Es lo que explica las polarizaciones, contradicciones y confrontaciones. Es la lucha entre lo viejo y lo nuevo. En los períodos de transición suele haber algo que declina y muere – y que por supuesto se resiste a ello -, y algo que se esfuerza por emerger y hacerse realidad. Suele haber también madrugadores y trasnochadores. Nos parece que, en estos momentos, ser de unos o de otros no es un asunto menor sino de gran calado. Por eso viene a cuento recordar – así lo hemos hecho también en Solasbide de algún modo – cómo los grandes cambios históricos han solido ir de la mano de notables cambios antropológicos. Nos estamos refiriendo a cambios en la autocomprensión de nosotros mismos como humanos, como personas, como sujetos, y en la comprensión de nuestras relaciones con los demás y con el mundo. De este modo hemos podido caer en la cuenta de que también en nuestro tiempo y entre nosotros está teniendo lugar, así sea sin vocerío y trabajosamente, un importante enriquecimiento en nuestra comprensión de lo humano y sus múltiples relaciones. Conviene explicitarlo. Y es nuestro parecer que los nuevos modos de ver, las nuevas sensibilidades y las nuevas prácticas que de ellas derivan, son ya parte de un nuevo día y de un mundo mejor del que no sabemos si cuajará o cuando llegará. Seguro es que no vendrá si no nos implicamos en ello.

Por eso, a modo de cuestión sintética, que, recogiendo algunos de nuestros pensamientos, pudiera motivar los vuestros y suscitar un diálogo, se nos había ocurrido plantear la siguiente pregunta: ¿qué cambios están apremiando en la actualidad hacia una nueva comprensión de lo humano y sus relaciones? Y, en el supuesto de que dichos cambios estuvieran dándose, ¿en qué sentido o dirección estaría apuntando esa nueva comprensión?

El caso es que, mientras los tiempos parecían apuntar hacia horizontes de mayor plenitud y humanidad, nos hemos visto sorprendidos por una serie de acontecimientos que han desarbolado nuestra suficiencia y herido de gravedad nuestras expectativas: la crisis de 2008, la pandemia y, ahora, ‘esta’ guerra en Ucrania – ya sabemos que existían y siguen existiendo otras. ¡Ay, esta guerra que, anacrónicamente, parece querer retrotraernos a tiempos que imaginábamos superados! Sabíamos que nuestro no a la guerra debe ser siempre ante cualquier enfrentamiento entre humanos. Los compañeros de Solasbide, como miembros integrantes de Pax Romana, nos sentimos muy directa y particularmente concernidos por este conflicto bélico. La búsqueda y acción por la paz está en la esencia de Pax Romana: por la condición cristiana del movimiento internacional al que pertenece, inseparable del mensaje de paz de Jesús de Nazaret; y por su origen histórico en el período

de entreguerras buscando contribuir, como seña propia más específica, a evitar en el futuro el escándalo de la lucha fratricida de cristianos contra cristianos. Un escándalo éste, por cierto, que tras la invasión rusa a Ucrania se ha vuelto a reeditar. ¿Cómo, pues, dejar pasar esta ocasión sin procurar siquiera una palabra al respecto?

Sabemos que son diversas y trascendentales las cuestiones en juego: el respeto a los derechos fundamentales e inviolables por parte de todos; revisión de las políticas llevadas a cabo con anterioridad por todas las partes implicadas; la construcción europea, su alcance, su papel, sus valores; revisión y reestructuración a fondo de organizaciones tan necesarias como la ONU; etcétera.

Especialmente nos inquieta el rápido retorno de una respuesta militarista y belicista a la inaceptable agresión rusa. Consideramos por eso importante no perder de vista el recordatorio que el papa Francisco dirige a los políticos: “que no pierdan el palpito de la gente que quiere la paz y sabe que las armas nunca la traen”. Deseamos la paz y apostamos en la medida de lo posible por vías no violentas de resolución de los conflictos. Sabemos también que ello implica reconocimiento y respeto de todos los derechos por parte de todos, e instituciones sólidas, reconocidas por todos, que los defiendan y promuevan, y que garanticen su cumplimiento. Entonces ¿qué hacer cuando, como en este caso, vulnera gravemente el derecho quien, como miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, tiene una responsabilidad mayor en preservarlo? La respuesta que viene dándose es la de la llamada ‘legítima defensa’, que, si bien no renuncia a la diplomacia y recurre también, por parte de Europa y EEUU, a medidas económicas y políticas, se sustancia finalmente en oponer violencia a violencia y armas a armas. Pero las preguntas que todo ello suscita son muchas. Teniendo en cuenta la complejidad y potencia del actual complejo armamentístico, su terrible capacidad destructiva, la inhumanidad y las devastadoras consecuencias que entraña su aplicación, las dificultades para valorar y controlar tanto la proporcionalidad de la respuesta como la superioridad de los efectos positivos sobre los negativos..., ¿en qué medida podemos hablar hoy de legítima defensa?, ¿pueden hoy las armas garantizar la seguridad o constituyen más bien un factor de riesgo para la misma? En definitiva ¿qué hacer?, ¿cómo podemos defender la vida en su vertiente más integral?

Nos hacemos por tanto y os trasladamos una segunda pregunta. ¿Qué condiciones debemos tratar de crear y qué opciones o apuestas fundamentales hemos de asumir para hacer viable un abordaje no violento de los conflictos en el plano interpersonal y social, y en el político a sus distintos niveles?